

## **VIAJES DE LIONEL WAFER AL ISTMO DEL DARIÉN**

**(Cuatro meses entre los indios)**

**Traducción de VICENTE RESTREPO**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 4, Volumen XI  
Cuarto Trimestre de 1953*

**E**n 1679 emprendí mi segundo viaje por mar, a bordo de un buque mandado por el Capitán Buckemham, que iba a las Indias Occidentales. Entré al servicio del cirujano, y a nuestra llegada a Jamaica sucedió que todavía no era la estación del azúcar; de suerte que, entre tanto, el Capitán resolvió hacer un corto viaje a la bahía de Campeche, pero yo no quise ser de la partida, y bien me valió, pues el Capitán fue aprehendido allí por los españoles y llevado a la ciudad de México. Un tal Russel, que estaba entonces prisionero y que tuvo la felicidad de fugarse, me dijo que había visto al Capitán Buckemham con un trozo de madera atado a una pierna y un cesto en la espalda vendiendo pan por las calles, por cuenta de un panadero amo suyo. Bien que ese Capitán fuese gentil hombre y que tuviese amigos muy ricos que ofrecían una suma considerable por su rescate, los españoles no quisieron nunca ponerlo en libertad.

Yo tenía un hermano en Jamaica, empleado en una plantación llamada de los Ángeles, y el deseo de verlo fue el principal motivo de mi viaje. Después de haber vivido algún tiempo con él, me estableció en una casa de Puerto Real, donde ejercí la cirugía durante algunos meses. Encontré en seguida dos corsarios, los Capitanes Cook y Linch, que iban de Puerto Real hacia la costa de Cartagena, y que me llevaron consigo. Encontramos otros corsarios sobre esta costa, pero el mal tiempo nos separó de ellos a la altura de la isla de Oro, que es una de las Samballas, de suerte que seguimos hacia Bastimentos, donde nos juntamos con muchos otros que se habían citado allí, y que habían ido a la toma de Portobelo. Aquí vi por la primera vez a Mr. Dampier, y fui con él al mar del Sur. Después de haber pasado revista a nuestras fuerzas en la isla de Oro y desembarcado en

el Istmo, hicimos todas esas correrías que Mr. Ringrose refiere en su *Historia de los Bucaneros*.

Mr. Dampier ha referido en la *Introducción* de su *Viaje alrededor del mundo* cómo se separó de la compañía. Yo estuve en esto de acuerdo con él y fui del número de los que prefirieron volver al Istmo en barcos, expuestos a inauditas fatigas, más bien que permanecer bajo el mando del Capitán Sharp, que carecía de experiencia y de valor. Él ha publicado también una relación de lo que sucedió a nuestro regreso, hasta el momento en que, por descuido de nuestra compañía, mi rodilla fue desollada por la pólvora, y se me abandonó entre los indios salvajes, en el Istmo del Darién.

Era el 5 de Mayo de 1861. Yo estaba sentado en tierra, cerca de uno de nuestros compañeros de fortuna, que secaba pólvora en un plato de plata; la pólvora ardió por imprudencia de él, y me quemó toda una rodilla; la carne fue consumida hasta el hueso, y aun el muslo sufrió mucho. Apliqué al principio los remedios que mi morral pudo suministrarme, y temiendo que se me dejara atrás, seguí algunos días con bastante trabajo. Durante ese intervalo, nuestros esclavos nos abandonaron con el negro que se me había dado para servirme y llevar los medicamentos; él huyó con todo lo que yo tenía, y no me dejó nada para curarme la herida. Sentí entonces un vivo dolor, y sin poder fatigarme más largo tiempo al través de las selvas y de los ríos, me despedí de mis compañeros y me detuve en el Darién el día 10 de Mayo.

Ricardo Gopson, que había hecho su aprendizaje de farmacéutico en Londres, me acompañó: no le faltaba ni inteligencia ni saber; tenía el Nuevo Testamento en griego, que leía con frecuencia y que traducía incontinenti en favor de los que estaban dispuestos a escucharlo. Un marinero nombrado Juan Hingson, fue también de la partida; estaban ambos tan cansados, que no pudieron pasar adelante. Se había hecho la resolución, al tomar tierra, de matar a todos los que se detuvieran en la marcha; pero esa orden rigurosa fue dada para impedir que alguno de nosotros se entretuviera inoportunamente en el camino y cayera en manos de los españoles, que no habrían dejado de ponerlo en tortura para descubrir nuestra marcha; así es que no fue ejecutada, y la tropa se despidió de nosotros tres, muy amistosamente. Otros dos de nuestros compañeros, Roberto Spratlin y Guillermo Bouman, se habían separado ya de nosotros, en el río Congo, al otro día de mi desgracia. El lugar por donde pasamos ese río era bastante profundo, y la corriente tan rápida, que me arrastró muchos pasos, hasta una punta a donde rebotaba el agua. A pesar de todo, salvé el obstáculo; pero los dos hombres que llegaban últimos, luego que vieron la pena que tuve en ese paso, no se atrevieron a seguirme, y prefirieron quedarse donde estaban; ellos fueron los primeros que se me juntaron, y los otros dos poco después que toda la tropa partió para el mar del Norte.

Así es que nos quedamos cinco atrás a merced de los indios.

Reducido a vivir con esos bárbaros parecía que no tuviera ningún medio de aliviar mi dolor; sin embargo, emprendieron curarme con ciertas yerbas que mascaban hasta la consistencia de pasta, y que extendían sobre una hoja de plátano para cubrirme la herida. Se renovaba este emplasto todos los días, y su virtud fue tan grande, que al cabo de tres semanas no me quedó en la rodilla sino una debilidad que me duró largo tiempo después, y un entumecimiento del que sufro ataques aún algunas veces.

Pero los indios no fueron igualmente caritativos en lo demás: había algunos que nos miraban con muy malos ojos, y que nos arrojaban plátanos verdes como se arrojan huesos a un perro, cuando ateridos de frío nos arrastrábamos a sus pies. Era ese un pobre alimento, con que teníamos no obstante, que contentarnos. El joven indio en cuya casa vivíamos, nos daba frecuentemente plátanos maduros, sin que lo supieran sus vecinos, lo que contribuía grandemente á fortalecernos. Ese indio había sido hecho prisionero por los españoles en su infancia, y puesto al servicio del Obispo de Panamá, de quien aprendió bastante bien el español, hasta que encontró ocasión de huir y de volver a sus compañeros. Nos fue de un gran auxilio, y no tuvimos trabajo en hacernos entender con algunas nociones que teníamos de español, algunas palabras indias que habíamos aprendido en el país, y el uso de signos. Por otra parte, ese joven era tan generoso, y ejerció tan bien la hospitalidad con nosotros, que si durante el día sólo se nos daban malos plátanos verdes, se levantaba de noche para coger maduros a escondidas, y nos los distribuía. No era que los otros fuesen inclinados a maltratarnos, pues todos son de un natural benigno y franco, pero estaban disgustados porque nuestros compañeros habían obligado a algunos de ellos a servirles de guías contra su voluntad, y la estación lluviosa era entonces tan fuerte, que los indios mismos se afanaban poco por viajar, aun cuando ellos generalmente no se cuidan del mal tiempo ni de la dificultad de los caminos.

Después de que Gopson, Hingson y yo pasamos tres o cuatro días de esta manera, se nos juntaron Spratlin y Bouman, muy fatigados de haber corrido sin guías entre los bosques y los ríos, y sin más alimento que algunos plátanos que habían encontrado aquí y allí. Nos dijeron que Jorge Gainy había tenido la desgracia de ahogarse, como lo refiere Dampier. Lo vieron extendido a la orilla del río, después de que bajó la marea, con una cuerda envuelta en el cuerpo, y su dinero atado al cuello; pero estaban tan cansados, que no se detuvieron a quitárselo. Ambos permanecieron con nosotros unos quince días en la plantación donde nos abandonaron nuestros compañeros, y fuimos tratados de la misma manera, es decir, que poco teníamos que comer, y que los indios nos miraban

mal porque no tenían noticias de sus amigos, que nuestras gentes habían conducido de guías. A pesar de su disgusto, cuidaron de mi herida, y me hallaba ya en estado de caminar un poco. Pero, en fin, cuando vieron que sus hombres no volvían, comenzaron a perder la paciencia, y por su semblante parecía que tramaban vengarse contra nosotros de la pretendida injuria que sus compañeros habían recibido de los nuestros. Con ese designio se consultaban frecuentemente para saber de qué manera dispondrían de nosotros: unos opinaban por la muerte, otros decían que se nos detuviera en medio de ellos, y otros que se nos entregara a los españoles, para congraciarse con ellos; pero casi todos odiaban tan mortalmente a esta nación, que el último parecer fue pronto abandonado, y resolvieron que no se nos haría mal alguno hasta que hubiese pasado el tiempo que sus amigos podían emplear en la vuelta. Ese término fue de diez días, que venían a cortarnos en los dedos.

Cuando se acercó el término, sin que ninguno de sus hombres apareciera, sospecharon que los nuestros los habían asesinado o llevado consigo, y resolvieron inmolarnos a su venganza. En esa resolución, levantaron una grande hoguera el décimo día por la mañana, y nos advirtieron que seríamos quemados allí tan pronto se pusiera el sol, pues querían aplazar nuestro suplicio hasta esa hora. Pero su jefe Lacenta, que por fortuna pasó, los disuadió de esa barbaridad, y les propuso que nos enviasen del lado del norte con dos indios, que podían saber de los habitantes de la costa qué suerte habían corrido los otros guías. La proposición fue aceptada al instante, y se escogieron dos hombres para conducirnos hacia el norte. Uno de esos indios había sido siempre nuestro enemigo capital, pero el otro era aquel indio generoso que se levantaba por la noche a traernos plátanos maduros.

Fuimos, pues, despedidos el día siguiente con nuestra escolta, y marchamos alegremente tres días consecutivos, bien persuadidos de que nuestros amigos no habrían hecho ningún mal a sus guías. Pasamos esos tres días por caminos pantanosos, con fuertes lluvias, acompañadas de truenos y relámpagos; y nos vimos obligados a acostarnos dos noches bajo los árboles, que no nos preservaban de la humedad. Acampamos el tercer día en una colina, que el día siguiente por la mañana nos pareció una isla; tan grande era la inundación en los alrededores. Sin embargo, por toda pitanza no habíamos tenido los dos primeros días más que un puñado de maíz, que nuestros guías indios nos habían dado, y tan pronto como fue consumido, se volvieron a sus casas y nos abandonaron.

Nos quedamos el cuarto día en la colina, y el quinto, después de corridas las aguas, proseguimos nuestro camino hacia el norte, gracias a una pequeña brújula que teníamos. Nuestra marcha

continuó hasta las seis de la tarde; encontramos un río que tenía cerca de cuarenta pies de ancho, y era muy profundo; había un árbol caído que lo atravesaba, lo que nos hizo conjeturar que nuestros amigos habían pasado por allí, de suerte que nos vimos precisados a sentarnos a deliberar qué camino tomaríamos.

Después de haber discurrido bien sobre ese punto, se acordó que atravesaríamos el río, y que buscaríamos la senda que nuestros compañeros habían seguido. Por otra parte, el agua que corría un poco al norte en aquel paraje, nos persuadió que estábamos del otro lado de la gran cadena de montañas que separan la parte septentrional del Istmo de la meridional, y que no nos hallábamos muy lejos del mar del Norte. Pero en lugar de atribuir a las fuertes lluvias que habían caído el rápido crecimiento y decrecimiento del río, juzgamos sin fundamento que provenía de la marea, y que siendo así estábamos cerca del mar.

Sea de ello lo que fuere, pasamos el río por el árbol, pero la lluvia lo había puesto tan resbaladizo, que no era posible caminar por el, y nos costó mucho trabajo arrastramos encima a horcajadas. A pesar de eso, cuatro de entre los cinco tuvimos la felicidad de llegar a la otra orilla; más Bouman, que era el último, resbaló y la corriente lo arrastró en un minuto lejos de nuestra vista, de suerte que lo creímos ahogado. Para colmo de aflicción, nos fue imposible encontrar una senda, porque la inundación había cubierto todas las tierras de fango. Reducidos a tal extremidad, volvimos a pasar sobre el mismo árbol, con el designio de seguir el curso de ese río, que creíamos desembocaba en el mar del Norte. No habíamos caminado más de un cuarto de milla, cuando vimos a nuestro compañero sentado a la orilla del río; nos refirió que la violencia de la corriente lo había conducido allá, y que gracias a un recodo que hacía el río, había tenido tiempo de volver en sí y de agarrarse a algunas ramas que colgaban en el agua, por medio de las cuales se había salvado: llevaba entonces al hombro cuatrocientas piezas de a ocho. Él era de oficio sastre, y de una complexión bastante débil.

Nos quedamos allí toda la noche, y el día siguiente continuamos nuestra marcha al través de lugares llenos de guadas y de espinos, bien debilitados por falta de víveres; pero cuando estábamos a punto de espirar, abatidos de hambre y de cansancio, la Providencia nos hizo descubrir una palmera que llaman *macao*, que produce frutos, de los que comimos con avidez. Después de haber en alguna manera aplacado el hambre, guardamos un racimo y proseguimos nuestro camino hasta la noche.

El sexto día de ese viaje, a las cuatro de la tarde, encontramos otro río que se junta con el que

habíamos costeado hasta aquí, y entonces nos vimos encerrados de ambas partes sobre una colina que está en su confluencia. Este era tan ancho y tan profundo como el precedente, de suerte que no sabíamos qué sería de nosotros. No había modo de vadearlos, ni de encontrar un árbol que alcanzase de una ribera a otra, ni aun de cortar uno de ese largo, pues por todo instrumento sólo teníamos un machete; nos hallábamos, pues, ante un *non plus ultra*. Examinamos el curso del último río por medio de la brújula, y hallamos que se dirigía al norte, lo que nos confirmó en nuestro error, de que estábamos en la parte septentrional de la gran cadena de montañas. Entonces resolvimos hacer dos balsas para bajar el río, según todos creíamos, hasta la costa del mar del Norte. Los bosques nos suministraban guaduas, que son muy propias para ese uso; las cortamos de buen tamaño, y amarramos muchas unas sobre otras, con bejucos sacados de una planta parecida a la vid.

Tan pronto como terminamos nuestras balsas, sobrevino la noche; de suerte que nos vimos obligados a retirarnos a una colina, en donde, después de haber amontonado una brazada de madera, prendimos fuego, resueltos a bajar el río al día siguiente por la mañana. Pero poco tiempo después de puesto el sol, comenzó a llover con una fuerza tan terrible, que parecía que el cielo y la tierra iban a confundirse; la tempestad era acompañada de furiosos truenos, y los relámpagos tenían un olor de azufre tan fétido, que nos vimos casi sofocados.

La tempestad duró hasta media noche, y entonces fuimos sobrecogidos de espanto al oír el ruido que hacían los ríos alrededor de nosotros. La oscuridad era aún tan grande, que sólo veíamos nuestro fuego, a menos que resplandeciesen los relámpagos. En esos momentos descubríamos la colina, y pronto advertimos que el agua nos alcanzaba, pues arrastró nuestro fuego en menos de media hora. Cada uno pensó entonces en salvar su vida, y en subir a algún árbol para preservarse del diluvio que nos amenazaba. Pero no había sino árboles de algodón de un grueso prodigioso, y donde no parecía ninguna rama a cuarenta o cincuenta pies de altura, de suerte que no era posible trepar a tales árboles.

Por mi parte, no sabía de qué lado dirigirme, tan grande era mi consternación; pero en medio de tal peligro, tuve la felicidad de encontrar un enorme árbol de algodón que estaba podrido de vejez, o por cualquier otro accidente, en el cual había un hueco como a cuatro pies de altura. Subí como pude a la cavidad y hallé en ella una corcova que me sirvió de asiento. Acurrucado y recogido como un rollo, sin poder pararme ni extender las piernas, esperé el día con mucha impaciencia. Por otra parte, estaba tan rendido del viaje, que a pesar del hambre y del frío que me acosaban, me dormí; pero mi sueño fue pronto interrumpido por el ruido de los grandes árboles que la corriente

arrastraba y que chocaban contra el río con tanta violencia, que lo hacían tambalear.

Tenía entonces las rodillas en el agua, a pesar de que, como he dicho, había cuatro pies desde la raíz del árbol hasta la parte más baja de la cavidad, y el agua corría con la misma rapidez que la del río. La oscuridad y los relámpagos hacían la inundación tan terrible, que olvidé el hambre, y sólo pensé en rogar a Dios que me salvara la vida. Orando y meditando sobre la triste situación a que me veía reducido, vi aparecer la estrella de la mañana, que levantó mi ánimo abatido, y que fue seguida del amanecer en menos de media hora. Pronto cesaron la lluvia y los relámpagos, y el agua se escurrió tan ligero, que ya no la había al pie de mi árbol, cuando el sol se levantó.

Desde luego salí de mi fría caverna; pero estaba tan entumecido, y el terreno se había puesto tan resbaladizo, que apenas podía estar de pie. Sin embargo, me arrastré lo mejor que me fue posible hasta el lugar donde habíamos prendido fuego, y no encontré allí a nadie. Llamé en seguida a mis compañeros en alta voz, y sólo oí la respuesta del eco, lo que me llenó de un terror tan grande, que caí en tierra como muerto, agobiado de tedio y de hambre, pues hacía ya siete días que comíamos únicamente frutas de palmera.

Me quedé algún tiempo sobre la tierra húmeda, sin esperanza de volver a ver a mis amigos, ni de disfrutar de ningún consuelo, cuando oí, al fin, una voz cerca de mí, que me volvió la vida, sobre todo luego que vi a Mr. Hingson. Los otros, que se habían salvado sobre pequeños árboles, se nos juntaron después. Nos abrazamos, con los ojos llenos de lágrimas, y le dimos gracias a Dios, que nos había preservado de tan gran peligro.

Buscamos en seguida nuestras balsas, que habíamos amarrado a un árbol, pero las hallamos atascadas, y las guaduas llenas de agua, lo que nos sorprendió mucho, porque creíamos que no admitían ni aun el aire, y que eran como grandes vejigas inflamadas. Era muy probable que tuviesen hendiduras, y tal vez nosotros mismos las habíamos hecho por descuido cuando las juntamos: al menos los utensilios que de ellas se fabrican guardan muy bien el agua.

Este fue, pues, otro nuevo motivo de disgusto y un obstáculo más a nuestra salida; pero la Providencia lo dispuso todo para nuestro bien, pues si hubiéramos bajado ese río, que se une al Chepo, y corre en seguida hacia la bahía de Panamá y el mar del Sur, nos habría conducido en medio de los españoles, nuestros enemigos, de quienes no podíamos esperar cuartel.

Por otra parte, la proximidad de las montañas y su rápida pendiente, son la causa de que los ríos

crezcan así de un golpe después de esas violentas lluvias, y vuelvan con la misma prontitud a su primer estado.

Pero, volviendo a nuestras balsas, estas no podían ya servirnos para bajar ni para atravesar esos ríos; de suerte que debimos contentarnos con regresar a la plantación india de donde habíamos salido. Tomamos, pues, otra vez el camino por donde habíamos venido a la orilla del río, y como el hambre nos obligaba a dirigir la vista a todo lo que podía remediarla, descubrimos un gamo profundamente dormido. Nos acercamos tanto, que habríamos podido arrojarlos sobre él y cogerlo, si uno de nuestros compañeros no hubiera juzgado a propósito dispararle un tiro de fusil a quemarropa; pero sucedió por desgracia que las balas, que estaban sin taco, salieron antes de que disparase el fusil; de suerte que el gamo no sufrió más mal que el de despertarse al ruido de la pólvora, y pasar el río nadando. No nos vimos, por otra parte, poco embarazados cuando nos fue preciso dejar el río para buscar la habitación de los indios. Ya hacía ocho días que solo nos alimentábamos de frutas de macao y del jugo de un árbol llamado bibi (árbol de leche), que nos agradó mucho.

Después de haber discutido sobre el camino que tomaríamos, resolvimos seguir el rastro de un saíno o cerdo montés, con la esperanza de que nos condujese a algún platanar o a algún campo sembrado de patatas, a donde esos animales acostumbran ir a alimentarse. En efecto, nos llevó a una antigua plantación y cerca de una cueva. Aquí fue donde el miedo nos sobrecogió, expuestos por una parte a morir de hambre, y por otra a sufrir el mal humor de los indios, que creíamos aún irritados contra nosotros. Pero no había medio, y se resolvió que uno de nosotros iría a la casa vecina, mientras que los demás se quedarían a distancia para esperar el resultado. Fui en persona, y sucedió que era la casa de donde habíamos partido. Los indios, muy sorprendidos al verme, comenzaron a interrogarme sobre muchas cosas; pero el calor del fuego y el olor de la carne que se asaba, me hicieron caer en un desvanecimiento que puso fin a todas sus preguntas. Se mostraron muy apresurados en hacerme salir de ese estado, y tan pronto como volví en mí, me dieron algo que comer. En seguida me preguntaron dónde estaban mis cuatro compañeros, y les enviaron a buscar al momento, pero sólo condujeron tres, pues Gopson se había quedado un poco más lejos, y nos trataron a todos con mucha bondad. Los guías estaban ya de vuelta de la costa del norte, y se felicitaban mucho de la manera cortés y generosa como los habían tratado nuestras gentes; de suerte que los indios habían venido a ser nuestros buenos amigos. Aquel que nos había manifestado tanta benevolencia, tan pronto como notó que Gopson no había llegado aún, le llevó víveres y lo condujo a la plantación. En una palabra, nos vimos de nuevo todos reunidos y se tuvo gran cuidado de nosotros.



Pasamos siete días fortaleciéndonos, y continuamos nuestra marcha, con el designio de dirigirnos al mar del Norte, tan pronto como nos fuese posible. Desde que nuestros compañeros se habían despedido de los guías con mucho agasajo y presentes como hachas, collares, etc., los indios estaban más dispuestos a servirnos que nunca. Así es que nos proporcionaron cuatro jóvenes vigorosos para conducirnos hasta el río donde habíamos encontrado un árbol caído que lo atravesaba. Llegamos allí en un día, porque nuestros guías nos servían con mucho gusto, cuando en nuestro primer viaje habíamos gastado tres. Luego que llegamos a ese punto, caminamos aún una milla subiendo el río, y en seguida nos fue necesario meternos en una canoa y seguir contra la corriente; nuestros guías remaron vigorosamente hasta la noche, y entonces nos alojamos en su casa, donde ellos dijeron tanto bien de nuestros compañeros que habían ido al mar del Norte, que el dueño de ella nos trató lo mejor que pudo. Salimos al día siguiente con dos nuevos remeros, es decir, que teníamos seis por todos, y que nuestra condición era entonces muy diferente de la primera.

Seis días después llegamos a la casa de Lacenta, que nos había salvado la vida. Esta se halla situada sobre una colina muy agradable, donde hay la más vistosa floresta de árboles de algodón que yo haya visto. El grueso de esos árboles era, en general, de seis pies de diámetro, y había algunos de ocho, de nueve, de diez y aún de once. Cuatro indios y yo, teniéndonos por las manos, nos pusimos alrededor de uno, y faltaron a lo menos tres pies para que pudiéramos abarcarlo. Había también una hermosa calle de plátanos, y otro bosquecillo de árboles pequeños, que se habría podido convertir en un delicioso parque, si se hubiera empleado alguna industria.

Esta colina contiene por lo menos cien acres de tierra, y es una península de figura ovalada, casi rodeada por dos grandes ríos, el uno de los cuales viene del este y el otro del oeste. Solo hay una punta de tierra de cuarenta pies de ancho que los separa a la entrada de la colina; pero se juntan después y forman un grande y hermoso río muy rápido. Esa única entrada se halla defendida por guadas, zarzales y perales silvestres, tan entrelazados que hacen imposible la aproximación del enemigo.

Cincuenta de los principales del país viven en esta colina, bajo la dominación de Lacenta, quien es como el Príncipe de toda la parte meridional del Istmo del Darién. Los habitantes de la parte septentrional lo respetan mucho, pero la del sur es propiamente su país, y esta colina forma su residencia. Aquí sólo hay una canoa, que sirve a Lacenta y a todos los que habitan en esta península, para pasar el río.

Cuando llegamos aquí, Lacenta despidió nuestros guías, y nos dijo que era imposible viajar hacia el norte en la estación lluviosa, que estaba entonces en su más alto punto; ofreciéndonos que si permanecíamos con él cuidaría de nosotros, de suerte que nos fue forzoso complacerlo.

Pronto después se presentó una ocasión que contribuyó mucho a aumentar la buena opinión que Lacenta y su gente, habían formado de nosotros, y a granjearme particularmente su estimación. Sucedió, pues, que una de las mujeres de Lacenta enfermó, y se resolvió sangrarla. He aquí de que manera ejecutan los indios esta operación: hacen sentar al enfermo sobre una piedra que está en el río; en seguida el operador, armado de un arco pequeño y de cortas flechas, las tira tan ligero como puede, por todo el cuerpo desnudo del paciente, sin omitir un solo punto. Es cierto que las flechas tienen un óbice, y así no penetran más adentro que nuestras lancetas; pero si por casualidad tocan una vena llena de viento, y la sangre sale con alguna impetuosidad, saltan, hacen cabriolas y ejecutan mil posturas grotescas en señal de regocijo y de triunfo. Yo estaba presente cuando se hizo esta operación a la esposa de Lacenta, y sorprendido de su ignorancia, no pude menos de decirle que si quería, le mostraría un método más fácil, y que no causaría tanto dolor a la enferma. "Veamos", me dijo. Entonces hice una ligadura en el brazo de su mujer con una tira de corteza de árbol, y le abrí la vena con mi lanceta; pero poco faltó para que mi empresa me costase la vida. Tan pronto como Lacenta vio correr la sangre, que ellos sacaban gota por gota, tomó su lanza y juró por su diente que si su mujer se veía mal me atravesaría el corazón. No manifesté ninguna emoción, y le supliqué que tuviese un poco de paciencia. Le saqué como doce onzas de sangre, y después de haberle vendado el brazo, dispuse que descansase hasta el día siguiente. Por fortuna la fiebre disminuyó y los accesos no volvieron. Esto me valió tan gran fama que Lacenta vino a visitarme, y en presencia de toda su corte se inclinó delante de mí y me besó la mano. Entonces todos los demás me rodearon, los unos me besaban la mano, los otros la rodilla y algunos el pie. Fui puesto en seguida en una hamaca y llevado en hombros de los indios, mientras que Lacenta pronunció un discurso en alabanza mía, en el cual me colocó mucho más alto que todos sus doctores. Se me llevó de esta manera de una plantación a otra, y viví con mucho brillo y reputación, gracias a los remedios y a la sangría que hacía a los que lo necesitaban. Aunque había perdido mis ungüentos y mis emplastos, a consecuencia de la huida del negro que me había robado el morral, conservaba en el bolsillo una caja de instrumento y algunos pocos medicamentos, que tenía envueltos en un pedazo de hule.

Pasé de esta manera algunos meses entre los indios, que me adoraban, por decir así. Algunos de entre ellos se habían escapado de las manos de los españoles, de quienes habían sido esclavos; y supongo que por esa razón me pedían el bautismo: aunque lo deseaban más bien por tener un

nombre europeo, que por ningún conocimiento que poseían del Cristianismo.

Durante mi mansión cerca de Lacentá, lo acompañé frecuentemente a la caza, que le agradaba mucho, y no le faltaba para divertirlo. Fuimos una vez hacia el sureste, al principio de la estación seca, y llegamos hasta un río donde los españoles sacaban el oro. Creí, por otra parte, que era uno de los que van a desaguar en el golfo de San Miguel. Habiendo llegado a la altura del lugar donde trabajan, nos escabullimos al través de los bosques, y después de habernos apostado detrás de gruesos árboles, los observamos largo tiempo, sin que nos descubriesen. He aquí de qué manera sacan el oro: tienen platos de madera, que hunden poco a poco en el agua, y que en parte llenan de arena. En seguida los retiran mañosamente y los sacuden en redondo, lo que hace elevar la arena, que se sale con el agua por encima del borde del plato, mientras que el oro cae al fondo. Después de haberlo sacado del plato, lo hacen secar al sol, y cuando está seco lo pilan en un mortero. En seguida lo extienden sobre papel, y con una piedra de imán que pasan por encima, atraen todo el fierro que contiene. En fin, echan ese oro bien limpio en calabazos. Por otra parte, solo se ocupan en ese trabajo durante la estación seca, es decir, tres meses en el año, porque las fuertes lluvias que trae la estación húmeda arrastran el oro de lo alto de las montañas, y los ríos son impracticables a causa de su profundidad; pero cuando el buen tiempo ha vuelto, solo hay un pie de agua. Tan pronto como esta labor ha terminado, los trabajadores se dirigen a Santa María en pequeñas embarcaciones, y he oído decir a un español, a quien aprendimos en esa ciudad, bajo el mando del Capitán Sharp, que si la estación es buena traen hasta el peso de diez y ocho a veinte mil libras de oro. Pero sea que recojan más o menos, la cantidad que se saca todos los años de esos ríos es increíble.

Mis cuatro compañeros se quedaban en la casa de Lacentá, mientras yo me divertía con éste. Aún más, había llegado a merecer de tal manera su consideración, que no quería ir a ninguna parte sin mi compañía; de tal suerte que comprendí que su designio era detenerme todos los días de mi vida. Este pensamiento me causó inquietud, pero lo oculté lo mejor que me fue posible.

Una vez que estábamos cazando, sucedió que hicimos levantar un saíno que fatigó en balde a los naturales del país y a sus perros durante la mayor parte del día, hasta que Lacentá, casi agotadas sus fuerzas por falta de alimento, pareció tan disgustado por el mal suceso de ese día, que deseó con ardor: que se pudiese hallar algún otro método más fácil para tener buen éxito en la caza.

Comprendía ya medianamente bien su lengua, y me serví de esa ocasión para obtener mi libertad. Luego, pues, que le hice el elogio de nuestros perros de Inglaterra, ofrecí a Lacentá traerle

algunos si quena permitirle hacer un corto Viaje. El se quedó un momento cortado al oír esta proposición; pero al fin juró por su diente, sobre el cual puso los dedos, que yo tendría mi libertad y la de mis compañeros, con tal que le prometiera y jurara por mi diente volver a casarme en su país, porque él se había comprometido a darme a su hija, que no era aún núbil, en matrimonio. Acepté las condiciones, y me prometió, por otra parte, que a mi vuelta haría por mí más de lo que yo podía esperar.

Le di las gracias y me despidió al día siguiente con una escolta de siete hombres vigorosos. Iban también cuatro mujeres. Que llevaron nuestras provisiones y mis vestidos: éstos consistían en una blusa de lino y unos calzones, y los conservaba para cubrir mi desnudez en caso de volver algún día a verme entre los cristianos, pues aquí andaba casi desnudo como los salvajes, y sus mujeres me habían pintado el cuerpo de pequeñas manchas; pero no quise permitir que, para hacer indeleble la pintura, me picasen el cutis a la manera del país.

Partí, pues, de cerca del mar del Sur, donde Lacenta se divertía cazando, para dirigirme a su palacio, al que llegué en unos quince días, con gran contento de mis compañeros, que me esperaban allí con impaciencia. Después de muchas salutations de ambas partes, y algunas lágrimas que la alegría nos hizo derramar, les referí cómo había obtenido mi libertad de Lacenta y lo que había prometido hacer a mi vuelta. Esa noticia los contentó a todos, con la esperanza de salir pronto de un país salvaje, en el que habíamos pasado tan largo tiempo.

Yo me fortalecí aquí algunos días, al cabo de los cuales partimos con una buena escolta de indios armados, que debían conducirnos hacia el mar del Norte.

Atravesamos varias montañas muy altas, pero la última las excedía a todas; gastamos cuatro días en subirla, aunque había una que otra hoyada. Desde que llegamos a la cima, sentí que la cabeza me daba vueltas de una manera extraña; se lo dije a mis compañeros y a los indios, quienes me respondieron que se hallaban en el mismo estado. Probablemente esto provenía de la altura excesiva de esa montaña, y de la sutileza del aire. Creo que era más elevada que la que pasamos con el Capitán Sharp, y que aquella otra que Dampier y el resto de los nuestros atravesaron a su vuelta; al menos las que habíamos pasado nos parecieron más bajas que ésta, y aun algunas veces las nieblas que había de por medio nos impedían verlas; pero cuando éstas llegaban a disiparse y a elevarse poco a poco hacia la cima de la montaña, las descubríamos confusamente.

Supliqué a dos hombres que se colocasen sobre mis piernas, mientras yo miraba para abajo desde

ese punto de la montaña, que me pareció ser el más perpendicular; pero no pude ver la sima a causa de las nieblas que interceptaban su vista.

Los indios nos condujeron a un paro tan estrecho, que nos vimos en la necesidad de arrastrarnos sentados; ellos mismos emplearon este expediente, y se pasaban del uno al otro sus arcos, sus flechas y todos sus arreos. En fin, el vértigo nos abandonó a medida que bajamos.

Habiendo llegado al pie de la montaña, hallamos un río que corre hacia el norte, y cerca de él algunas casas de indios, quienes nos suministraron con qué satisfacer nuestro apetito. Eran las primeras casas que veíamos hacía seis días; pasamos allí una noche, y diré de paso que tuve por cama una hamaca amarrada a dos árboles, y una hoja de plátano por cobertor.

Partimos de allí al día siguiente por la mañana, y llegamos a la ribera del mar en dos horas. Cuarenta indios de los principales del país se nos juntaron, y después de habernos dado la enhorabuena por nuestra feliz llegada, nos recibieron en sus casas. Estaban todos ataviados con sus más hermosos vestidos, los cuales consisten en largas batas blancas que bajan hasta el tobillo guarnecidas de franjas en su parte inferior. Llevaban además una pica en la mano. Pero hablaré más largo de todo esto cuando haga la descripción del país, así como de todas las otras particularidades que observé allí.

Preguntamos primero a los indios si llegarían navíos europeos. Nos contestaron que no sabían nada, pero que se informarían. Entonces llamaron a uno de sus adivinos, quien se preparó con sus compañeros para evocar al diablo, a fin de saber cuando llegaría algún navío; pues ellos son muy expertos y hábiles en sus diabólicos conjuros. Lo primero que se hizo en la casa donde estábamos, fue hacer una separación con hamacas para que los *paguevéres* (así llaman a los magos) pudiesen estar aparte. Gastaron algún tiempo en sus sortilegios, y les oímos dar gritos y aullidos espantosos; tan pronto imitaban el canto de las aves como el grito de las bestias; unían a ese ruido el de las piedras y conchas que golpeaban entre sí, y el de una especie de tambores hechos de guaduas; toda esa algazara era acompañada del ruido discordante producido por sartales de grandes huesos de animales; se ponían algunas veces a dar alaridos terribles, y de repente se quedaban en un profundo silencio. Después de haberse agitado mucho, sin obtener ninguna respuesta, juzgaron que provenía de, que nosotros estábamos en la casa; nos hicieron salir y comenzaron de nuevo todas sus ceremonias. No obtuvieron mejor resultado en esta vez, lo que los obligó al cabo de más de una hora a registrar nuestro departamento, en el cual encontraron algunos de nuestros vestidos colgados en la pared; los arrojaron con mucho desdén fuera de la casa, y volvieron a su ejercicio.

Pronto salieron con la respuesta; pero tan cubiertos de sudor, que se vieron obligados a bañarse en el río. En seguida nos pronunciaron el oráculo, el cual decía, en sustancia, que el décimo día del viaje, que era el siguiente, llegarían dos navíos; que por la mañana del mismo día oíríamos un cañonazo, y algún tiempo después otro; que uno de nosotros moriría poco después, y que al ir a bordo de esos navíos, perderíamos uno de nuestros fusiles.

Todo esto se cumplió al pie de la letra. El décimo día, por la mañana, oímos un cañonazo, y algún tiempo después otro. Perdimos uno de nuestros fusiles, yendo a bordo de los navíos, y he aquí de qué manera: estábamos todos cinco con tres indios en una canoa que se volcó, cuando pasábamos sobre la barra; poco faltó para que Gopson se ahogara, y con trabajo lo sacamos del agua; pero perdió allí su fusil, que sin duda no había amarrado bien. Salvamos los otros, que estaban sujetos a los lados inferiores de la canoa que es lo que se acostumbra siempre en las Indias Occidentales. La menor cosa puede hacer voltear la embarcación, y se correría frecuentemente el riesgo de perder las armas, si no se tuviera el cuidado de amarrarlas a los lados de aquella.

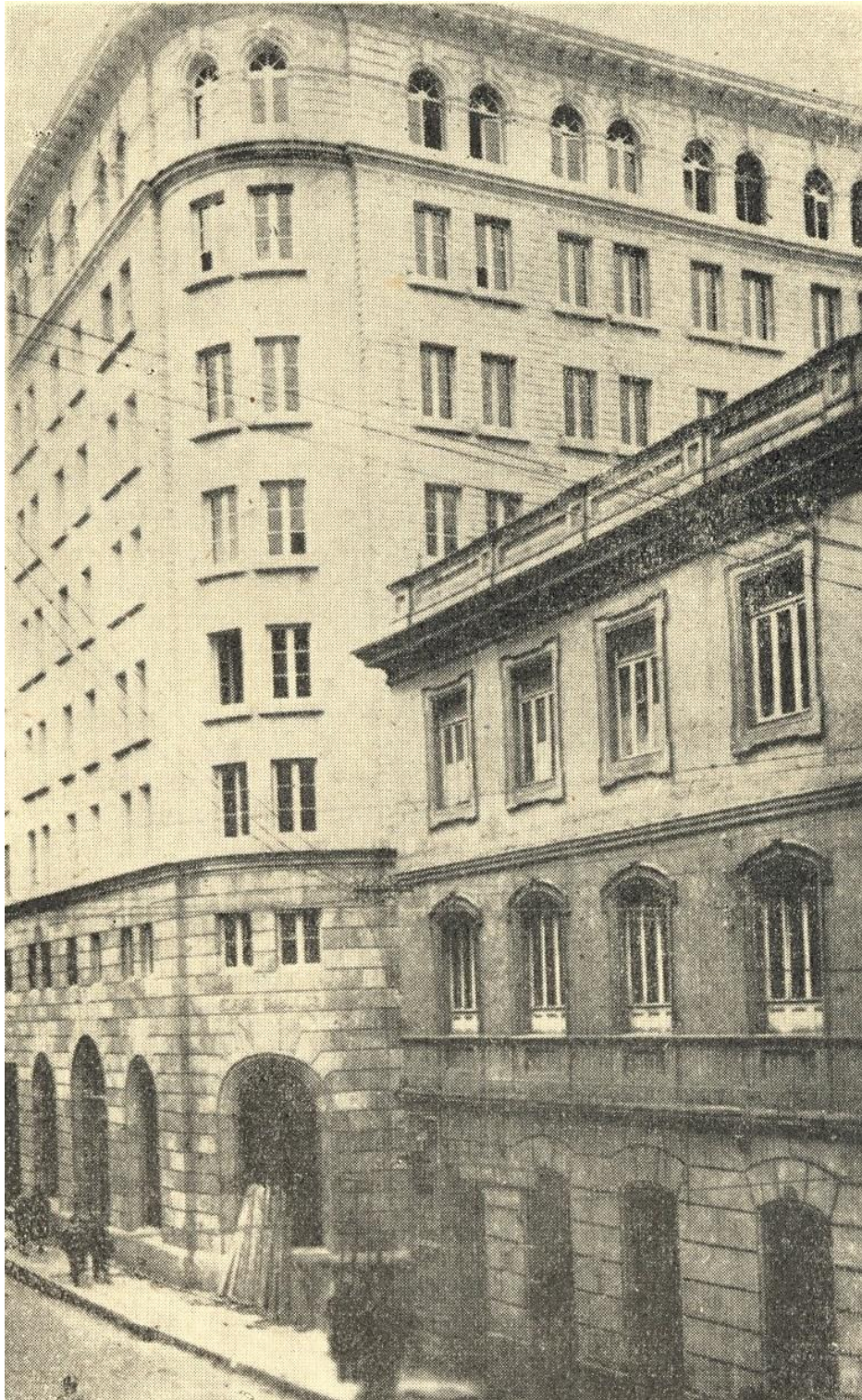
Salimos a la orilla lo mejor que nos fue posible, arrastrando con dificultad a Mr. Gopson, y corrimos en seguida más cerca de tierra hasta la isla de la Sonda. Vimos entonces un buque inglés y una tartana española que aquél había capturado dos o tres días antes. Pero no podíamos adivinar cuál de esas dos embarcaciones estaba en poder de la otra; sin embargo, fastidiados de vivir con los indios salvajes, tomamos el partido de llegar a ellas a toda costa. Tuvimos mucho trabajo en hacer resolver a nuestros remeros, que temían más que nosotros encontrar allí españoles, por ser éstos enemigos comunes nuestros. La razón que tenían, y que merece ser notada, es que la respuesta de sus demonios sobre esos buques era positiva con respecto al inglés y muy dudosa en cuanto al otro. En efecto, la tartana era española y estaba en poder de los españoles cuando los magos hicieron sus sortilegios, y aun algunos días después hasta que los ingleses se apoderaron de ella.

Fuimos, pues, a bordo del navío inglés con nuestros indios, y se nos recibió con mucha amistad. Mis cuatro compañeros fueron al momento reconocidos y acariciados por toda la gente de la tripulación. En cuanto a mí, que estaba pintado y desnudo, con un sencillo ceñidor en medio del cuerpo, y una placa de oro que me colgaba de la nariz sobre la boca, me quedé algún tiempo sentado sobre las pantorrillas, a la manera de los naturales del país, para ver si me reconocían. Pasó casi una hora sin que nadie se cuidase de mí. Pero al fin un tripulante me miró más fijamente que los otros; y de repente empezó a gritar: "Ah! he aquí a nuestro doctor!". Tan pronto como pronunció esas palabras se apresuraron todos a darme el parabién por mi feliz llegada cerca de ellos. Trabajé mucho en lavarme la pintura, y, a pesar de mis cuidados, no logré borrarla hasta

pasado casi un mes. Estaba tan bien impresa en el cutis, sea por lo largo del tiempo o por el ardor del sol, que no había modo de quitarla sin arrancar aquella. Con respecto a Mr. Gopson, aunque llegó con vida a bordo del buque, no se restableció de sus fatigas ni del mal que había sufrido con el vuelco de la canoa; penó dos o tres días y murió en la isla de la Sonda. Así es que su muerte verificó otra de las predicciones de los paguéveres.

Después de haber festejado seis o siete días a nuestros indios a bordo, de recibir a muchos otros que iban y venían con sus mujeres y sus hijos, y de ser visitados por Lacenta durante quince días o tres semanas, nos despedimos de todos los indios, excepto de dos o tres que quisieron acompañarnos hasta entrar en alta mar, y seguimos con la tartana hacia las islas Samballas, que están más al este, de donde volteamos hacia la costa de Cartagena.

Pero no entraré en el detalle de ese viaje, puesto que Mr. Dampier, que estaba con nosotros, lo ha hecho particularmente.



Bogotá. —En donde hasta época reciente se levantaban pequeñas casas de habitación, ahora se construyen edificios comerciales de importancia.





La antigua iglesia de Santa Clara, en la ciudad de Bogotá, es un verdadero museo de arte español e hispano-americano.



La botánica de Colombia es variada y ofrece bellas manifestaciones, singularmente en las especies propias de las regiones cálidas.



Las palmas colombianas ofrecen por todas partes motivos de admiración, dentro de la espléndida botánica tropical.

